

ELSA LA LARGA

Érase una vez, un pequeño pueblo por donde pasaba un hermoso río cuyo nombre empezaba por “guad”. que en árabe significa río y también valle. Muchos ríos y poblaciones de España por efecto del largo tiempo que en ella dominaron los musulmanes empiezan así; por ejemplo: Guadiana que es un río de España y Portugal que en tiempos de los romanos se llamaba Ana y al que los árabes antepusieron el “guad”. El Guadarrama que es un río de Madrid. El Guadalete que parece que antiguamente se llamó Letes, en la provincia de Cádiz y en cuyas orillas tuvo lugar la batalla entre los ejércitos visigodos de Don Rodrigo y los invasores árabes de Muza y que permitió la dominación musulmana de la Península durante ocho siglos... O el Guadalquivir uno de los ríos más importantes de España y que es navegable desde Sevilla hasta el mar y al que en tiempos muy remotos los fenicios, los griegos y los romanos llamaron Betis y que luego los árabes cambiaron a Guad el Kebir, que significa “río grande”...

El río que da nombre al pueblo de nuestra historia se llamaba Guadalriad que significa río del jardín, seguramente debido a la gran cantidad de flores que brotaban en sus márgenes. Gracias a su caudal que regaba las tierras, crecían en abundancia el trigo, la cebada, el maíz, frutas y verduras, incluso frutos silvestres, por lo que todos los vecinos del pueblo vivían bien y tenían hermosas casitas blancas con techos de tejas rojas.

La única que no tenía casa era Elsa, una joven huérfana de pelo castaño y mejillas sonrosadas, que vivía sola en una cueva en las afueras del pueblo. Elsa era muy hacendosa, tenía la cueva siempre muy limpia y muy bonita, todo su interior encalado de blanco y había hecho una gran cortina de tela color naranja con florecitas azules para la puerta; siempre tenía un bonito ramo de flores frescas en un jarrón delante de una pequeña imagen de la Virgen que era una de las pocas cosas que le había dejado su madre al morir.

La chica amaba mucho a los animales; en invierno ponía miguitas de pan para los pájaros y en verano nunca se olvidaba de dejar un cubo de agua fresca a la puerta de su cueva.

Una noche sin luna, cuando volvía del pueblo oyó un débil maullido, era un maullido tan triste que más bien parecía un quejido. Empezó a buscar por los alrededores y pronto encontró un gatito muy pequeño y muy negro, sólo sus grandes ojos de color caramelo destacaban en la oscuridad y parecía que la miraban suplicantes. Lo recogió con cariño mientras le decía:

-¡Qué pequeño y qué negro eres! ¿Eres huérfano como yo? A partir de ahora ya no estaremos solos, viviremos juntos. Te llamaré “Noche” pues eres casi tan negro como esta noche. Lo arropó con su falda y se lo llevó a su cueva. Los primeros días le tenía que dar leche con una cucharita, pero pronto creció y se convirtió en un hermoso gato de largo y brillante pelo negro que la seguía a todas partes.

Elsa como no tenía dinero trabajaba de criada medio día en casa de la señora Juana, la del herrero, que era una mujer muy tacaña, que le hacía trabajar mucho y le pagaba poco. “Noche” le acompañaba y la señora Juana lo admitía pues mientras la chica limpiaba la casa el gato cazaba los ratones que abundaban en la herrería.

Un día de finales de abril y Elsa volvía de trabajar y como de costumbre se dirigió al campo a recoger fresas y moras silvestres para hacer mermelada y cortar flores para la Virgen. Estaba muy cansada pues la mujer del herrero esperaba por la tarde visita, por lo que la joven además de barrer, fregar y lavar como de costumbre, tuvo que sacar brillo a los cacharros de cobre y planchar el mantel y las servilletas para la merienda que la señora Juana daba a sus amigas. Como estaba tan cansada dejó la cesta con las frutas que había recogido al pie de un árbol y se tumbó sobre la hierba en un claro del bosque, y al momento se quedó dormida. “Noche” se enroscó junto a ella y pronto también se durmió. La joven tenía un sueño tan profundo que aunque el cielo se nubló y empezó a llover no se despertaba, el gato empezó a maullar intentando avisar a su dueña, pero viendo que no había manera y que parecía estar muy a gusto, volvió a acurrucarse junto a ella y se volvió a dormir. La lluvia les empapó por completo pero ni se enteraron. Al poco tiempo dejó de llover y salió el sol que les secó, pero como ya es sabido que en primavera el tiempo es muy inestable al rato volvió a llover y volvió a salir el sol, y así estuvo toda la tarde; tan pronto llovía y Elsa y “Noche” se empapaban como salía el sol y les secaba.

Cuando ya anochecido se despertaron y Elsa se puso de pie para irse a su casa, se dio un golpe en la cabeza con la rama de un árbol:

-¡Ay! ¡Qué rama tan baja!- exclamó frotándose el pelo.

También notó una sensación muy rara, no podía ponerse derecha pues el vestido se le había quedado muy pequeño y le tiraba por todos los lados. Haciendo un esfuerzo consiguió estirarse y el vestido se le descosió por la cintura y se le separó en dos piezas, una blusa que apenas le llegaba por debajo del brazo y una falda muy corta, muy corta.

Se miró sorprendida. ¿Qué le había pasado? Al mirar a su alrededor le dio la impresión de que todas las cosas habían disminuido de tamaño excepto su gato. ¿Qué ha pasado “Noche”? ¿Qué nos ha sucedido? Pues... les había sucedido, que con tanta agua y tanto sol, habían crecido como las plantas en el trópico. Ya sabéis que en estos sitios donde llueve mucho y hace sol, la vegetación crece tanto que los hombres para poder andar entre ella tienen que ir cortándola, dando machetazos a derecha e izquierda para abrirse camino.

Aquella noche Elsa tuvo que dormir con las piernas fuera de la cueva, porque no cabía dentro, menos mal que la cortina de la puerta era muy grande y le tapaba los pies.

A la mañana siguiente la joven pensó que necesitaba un vestido más grande, pues no entraba en ninguno de los que usaba, y como no tenía ninguna tela a mano se hizo uno con la cortina naranja con florecitas azules de la entrada de la cueva.

Por la mañana no fue a trabajar, pues pensó que no iba a caber por la puerta de la casa del herrero y que si entraba iba a tener que estar agachada para no darse con la cabeza en el techo. Así que ella y su gato se dirigieron al pueblo y al llegar encontraron a toda la gente hablando en corros muy excitada, tanto que aunque parecían sorprenderse al ver lo habían crecido, al momento dejaban de prestarles atención y seguían enfrascados en sus discusiones.

Por lo visto, el encargado de encender por la noche las farolas de gas de las calles del pueblo se había puesto muy enfermo. Era un hombre muy mayor que había pasado toda su vida haciendo ese trabajo. Ultimamente le temblaba mucho el pulso y tardaba un rato en acertar con la mecha encendida que llevaba en el extremo de un largo palo en dar fuego a cada farola, por lo que

empezaba su faena muy temprano a las cinco de la tarde, antes de que se quitara el sol. El problema era que en el pueblo no había nadie que supiera hacer aquel trabajo de encender las farolas, por lo que aquella noche había estado todo el mundo a oscuras y habían ocurrido muchos estropicios: el Señor Cura se había caído por la escalera del campanario cuando iba a cerrar la iglesia y se había hecho un gran chichón en la frente por lo que no podía ponerse la “teja”, que es como se llama el sombrero que llevan los curas. El chico del pastelero se había roto la nariz contra el cristal del escaparate al intentar entrar en la confitería. Los hombres no habían podido ir a la taberna a echar su partida de cartas porque no encontraban el camino y tenían miedo de tropezar y caerse. Ni las mujeres sentarse a charlar a las puertas de las casas porque no se veían unas a otras. Y lo peor de todo era que aquella noche había nacido el niño del Alcalde y como las velas alumbraban poco, las mujeres que asistían a la joven madre, no pudieron ver bien si era un niño o una niña y le vistieron de rosa, por lo que a la mañana siguiente el Alcalde se enfadó mucho al ver a su hijo recién nacido vestido con el color de las niñas.

A medida que Elsa cruzaba la plaza del pueblo, el Alcalde y sus Concejales que estaban en la puerta del Ayuntamiento, empezaron a cuchichear entre ellos, la llamaron y tuvieron que subirse unos cuantos escalones para poder hablarle.

Como era tan alta le propusieron, trabajar como “enciendefarolas” oficial del Pueblo. Elsa aceptó y desde aquella misma tarde empezó su nuevo trabajo. En cuanto se ponía el sol la muchacha cogía la mecha e iba encendiendo todas las farolas de las calles en muy poco tiempo y sin necesidad de palo. De paso iba con un trapo frotando los cristales de las farolas por lo que éstas estaban muy limpias y daban mucha luz. El Ayuntamiento y todo el mundo estaban muy contentos, las mujeres hasta podían hacer ganchillo mientras charlaban sentadas por las noches a las puertas de sus casas y los hombres leer el periódico.

Los ratones y ratas del pueblo horrorizados ante aquel gato gigantesco no se atrevían a salir de sus agujeros y si alguno osaba hacerlo pronto sentía sobre él una enorme zarpa. Todos los vecinos muy contentos de verse libres de aquellos molestos roedores que se comían sus cosechas, pidieron al Alcalde que nombrase también a “Noche” “cazaratones” oficial del Pueblo.

Durante las fiestas del Patrón, en el mes de junio, a Elsa la contrataron para la cabalgata de gigantes y cabezudos y ella hizo de Reina de los gigantes sin necesidad de subirse en zancos.

En el pueblo de Guadalriad vivía también un chico llamado Pedro, huérfano como Elsa y que también tenía que trabajar duro haciendo recados todo el día de acá para allá empujando su vieja carretilla de madera transportando, lo mismo sacos de harina para la panadería que leña para el horno o ladrillos, arena y cal para alguna obra. Cuando alguna mañana había llevado carbón vegetal a casa del herrero, para la fragua, siempre se quedaba embobado, viendo allí a Elsa trabajando con su blanco delantal y un pañuelo a la cabeza, acompañada siempre por su inseparable gato.

Una tarde que la joven estaba sentada a la orilla del río que daba nombre al pueblo, llegó Pedro con su carretilla a recoger tierra fértil, el chico se le acercó y como estaba sentada pudo mirarle a los ojos:

- Siempre me has gustado mucho y esperaba para hablarte encontrar un trabajo un poco mejor, pero has crecido tanto...

- Yo no puedo volverme pequeña y tampoco me gustaría pues mi nuevo trabajo de enciendefarolas es muy bonito y útil para el pueblo.

Elsa se quedó un rato pensativa porque la verdad era que a ella también le agradaba bastante este chico, tan trabajador que ahora llenaba la carretilla de tierra con enérgicas paletadas.

-Si tú quisieras podrías volverte tan largo como yo – le propuso ilusionada pensando en lo agradable que sería tener un compañero de su altura.

Tras un corto silencio el muchacho se decidió:

-¡De acuerdo! ¿Qué tengo que hacer?

- Por lo pronto tendremos que esperar al otoño pues por ahora no creo que llueva. Durante el cálido verano los dos jóvenes se reunían todas las tardes a la orilla del río para charlar. Si ella estaba sentada él se quedaba de pie, y si ella estaba de pie él se subía a un árbol... Y así pasaron los meses y llegó el otoño y con él las primeras lluvias.

Entonces Elsa llevó a Pedro al claro del bosque donde ella se había quedado dormida aquel día y le pidió que se tumbara sobre la hierba.

Empezaron a caer con suavidad las primeras gotas que resultaban muy agradables y refrescantes. El campo empezó a oler a tierra mojada, con ese aroma tan maravilloso que inunda todo el ambiente cuando cae la lluvia. Cuando el chaparrón apretó, Pedro quiso resguardarse, pero entonces Elsa muy enérgica le dijo que si de verdad quería crecer tenía que continuar allí tumbado y como él estaba dispuesto a ser como ella y como había trabajado mucho aquella mañana haciendo portes con su carretilla de un extremo a otro del pueblo se volvió a tumbar y pronto se quedó dormido... y tal como sucedió con Elsa la lluvia le empapaba, luego salía el sol y le secaba y volvía a llover y a salir el sol y así sucesivamente hasta que cayó la tarde. Entre tanto la joven, que también era muy buena costurera, se fue a hacerle una camisa y unos pantalones muy largos.

Cuando volvió anocheceía. Pedro se despertó y se puso de pie, la chica se moría de risa al verle con aquella pinta. Parecía un enorme espantapájaros con los pantalones por encima de la rodilla y la camisa por debajo de los brazos.

Se puso a su lado, hombro con hombro y Pedro era incluso un poco más alto que ella.

“Noche” contemplaba a la pareja moviendo el rabo de derecha a izquierda muy contento de tener otro nuevo amigo del tamaño de su ama.

El joven se puso la ropa que Elsa le había hecho y juntos cogidos de la mano se encaminaron hacia el pueblo seguidos por el gato.

La gente al verles llegar quedaba asombrada pero enseguida se alegraban al ver la buena pareja que hacían pues todos habían tomado mucho cariño a la muchacha y les daba pena cuando la veían un poco aislada y solitaria a causa de su estatura.

Como empezaba la temporada de lluvias en el edificio del Ayuntamiento y en muchas casas del pueblo había goteras, así que le ofrecieron a él, el trabajo de “arreglatejados”.

También les llamaban para recoger las frutas de las ramas más altas de los árboles. Y en todos los pueblos de alrededor les contrataban para que durante las fiestas salieran en las cabalgatas como el Rey y la Reina de los gigantes, con lo que ganaban un dinero extra que unido a sus sueldos de “arreglatejados” y “enciendefarolas” y “cazaratones” pronto hizo que pudieran ahorrar dinero para hacerse una casa a su medida con las puertas y los techos muy altos. Elsa hizo cortinas de vistosos

colores para todas las ventanas y balcones de la casa que siempre tenía llenos de macetas con flores. La fachada era la más blanca de todas las casas del pueblo y Pedro cuidaba que su tejado fuera también el más rojo.

Cuando al pueblo de Guadalriad llegaban forasteros o turistas después de visitar la iglesia del siglo XVI y las ruinas del Castillo Moro en lo alto del monte, iban a ver la “casa alta de la pareja larga” que es como terminaron llamándoles.

En las noches serenas cuando subían a la terraza a tomar el fresco, si miraban hacia abajo veían a la gente muy pequeña en las calles muy bien iluminadas por las relucientes farolas así como las blancas casas con sus tejados rojos sin ninguna teja rota y entonces satisfechos miraban hacia arriba agradecidos... y veían muy de cerca las estrellas.

F I N

FUTORTESIS

María Cariñano Fernández